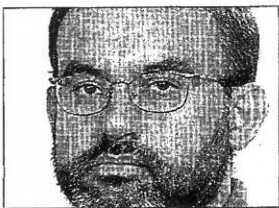


LA ERA RAJOY

Como buen gallego no galleguista, Mariano Rajoy, el primer sucesor del aznarismo, es, a la vez, socio del Celta y del Coruña, las dos grandes potencias (rivalas) del fútbol gallico-artabricko. Sabe contar chistes buenos y tiene una idea del Estado propia de un registrador de la propiedad. Es decir, un concepto minimalista. Con un guardia civil y un registrador de la propiedad ya tenemos el núcleo del Estado. Es lo suficientemente listo como para tener una gran humildad intelectual, característica ésta que le hace aprender sin parar, como una esponja, y estar abierto a todos los horizontes no conocidos. Recordemos que cambió la expresión no feliz del «entorno de ETA» por la más lógica del «entramado de ETA», a partir de una simple conversación que tuvo con nuestro Antonio García-Trevijano en este periódico. Esa misma capacidad de aprender es la mejor garantía que tiene para afrontar todos los nuevos proyectos y retos que exige el fortalecimiento y engrandecimiento de España en el mundo. Los variadísimos puestos políticos que ha ocupado inducen a pensar que conoce bastante bien los engranajes del Estado y su fisiología (¿Qué inteligencia más señera la del «Cursus honorum» de la República Romana y, en cierto sentido, la de la República Americana por antonomasia!), cosa que debería desembarazar de trabas covachuelistas al gobernante cuando anda trajinando por los pasillos del Estado. Su humor, tan a menudo críptico y abstruso, le predispone a combatir sin palabras gruesas y gestos airados en el palenque triste de la política. La sonrisa ancha nunca hace sangre.

Lo que parece claro es que el aznarista Rajoy es muy distinto caracteriológicamente a Aznar, y esto significa que la política española puede cambiar radicalmente. La lealtad personal no debe bloquear ni los ojos ni las inteligencias individuales. Porque para ser leales con los amigos primero hay que ser leales con las capacidades del propio ser. Ni la amistad ni la lealtad obligan a enterrar los talentos propios. Al contrario. Lo que es indudable es que Aznar quedará hieratizado en su enorme poder moral—sólo comparable al que tuvieron dos de los presidentes de la Primera República—, mientras Rajoy hará frente al nacionalismo rampante, el asunto de Iraq, la urgente reforma sobre la elección del Consejo General del Poder Judicial, ente lacayuno de los partidos, y la necesaria democratización del Estado—ya va siendo hora de que nuestros representantes no sean también los alabarderos de nuestros gobernantes—. La prudencia y la absoluta falta de estridencia de Rajoy debería servir entre otras cosas para que la política «no fuera el único centro creador de historia» (Ortega). Ya estamos hartos de tanto chato protagonista de mediocres y mezquinos maragales e ibarrechos. De todas formas, decidir en solitario sobre lo que va a ser España tiene que dar pánico. Sobre todo, cuando la sociedad civil no puede asesorar ni controlar a la corrupta sociedad política—vid. el caso Tarnayo—. Nuestro futuro depende de otros que están «jurídicamente» desvinculados de nosotros.

La crítica socialista de que ha sido únicamente el dedo de Aznar quien ha elegido a Rajoy no sólo es perversa sino de una hipocresía



oceánica. ¿Qué diferencia hay entre ser elegido por Aznar—que fue elegido dos veces por los españoles— y serlo por una mezquina oligarquía que constituye la cúpula del PP y que sólo representa intereses financieros, mediáticos y de autopermanencia—lo mismo, naturalmente, que la cúpula del PSOE—? Yo prefiero la elección solitaria y generosa de Aznar que la del consenso de intereses ajenos al bien común. Aquella es más democrática por su origen. Entiendo, no obstante, a los socialistas. La falta de un líder les lleva a un consenso de taifas. Pero no entiendo que abandonen esta crítica socialistas como Bono, cuyo incontestable poder descansa mucho más en la ciudadanía de Castilla La Mancha—que le profesa una ciega y fervida confianza—que en su propio partido. Supongo que tendrá ya que ver con el discurso electoral. Por otro lado, cuando Aznar nombra de este modo dioclecianesco a su sucesor (el Augusto elige al César que meses después será Augusto) refleja paladinamente que el poder político en esta monarquía reside «sólo» en la clase política y sólo la clase política lo controla y conforma.

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

PORQUE SÍ Y PORQUE ES ASÍ

CABALLO GANADOR

A caballo ganador no le mires los dientes. Así dicen en Castilla la Vieja, cuna de Las Españas. Lo pensaba a propósito de la designación de Mariano Rajoy como sucesor. Y de la facilidad de algunos para subirse al carro vencedor. Al que sea; ¿Qué destreza! Los que hasta hace poco eran de Rato y de Mayor y de Acebes, ahora son todos de Rajoy de toda la vida. ¡Ah, los tráfugas de la amistad! Pero Rajoy es el hombre, el ungido. Y hay que estar con él. Se emula su cordura, su llaneza. Se escribe de su eminencia y perfección. Mariano Rajoy, centro de las felicidades. Advértase cómo todo el mundo ha-

bla de Mariano como si tomara café todos los días con él. ¡Hay que tener morro! Tiene asegurado Rajoy, desde ahora, retén de «amigos» y de agradecidos. Me pregunto si alguno de ellos le habrá recordado, estos días en los que la vida le sonríe y canta, para no ser engañado y aún reído, cuán fácil es pasar, en estos reinos, de la lionja al vituperio.

Jesús FONSECA



LOS ESCRITORES Y SUS HEREDEROS

Nada hay tan absurdo, vergonzoso y, a veces, miserable, como el meradeo que de los escritores desaparecidos, algunos en circunstancias trágicas—fusilamiento, exilio, cárcel, accidente—o tras larga o repentina enfermedad, realizan sus herederos «forzados» pues, en mayor o menor grado de descendencia, llevan sus apellidos o son consortes o descendientes de algunos de sus más directos familiares. A partir de este reconocimiento, no censuran su obra o la van dando, sea ya publicada, sea inédita, según su antojo, es decir, ofertándola a quien mejor precio le ofrece por ella, no en base al rigor y la coherencia de los textos publicados y el entorno en que éstos debieran ver la luz.

Herederos que tal vez fueron despreciados o ignorados por el propio escritor, que nada tienen que ver con su vida, con su ética, que desconocen y no comprenden, ni tal vez les interese, el alcance de sus obras, es una práctica que, en nombre de quienes crearon, tal vez, en las peores condiciones posibles, un mundo de belleza y rigor literario, debiera prohibirse por ley, impedirse este chantajista usufructo que sólo consigue tergiversar, traicionar, la creación literaria



del autor. Únicamente deberían existir herederos que hubiesen sido acreditados, en documentos fehacientes, por el propio escritor, fueran esposas, amantes, amigos, compañeros, en los que él o ella, con pleno conocimiento y voluntad,

delegaba esta tarea, por considerar que no iban a traicionar ni su vida ni su escritura. Lo otro, por mucho que la ley lo autorice, no deja de ser un robo, un ultraje, una malversación, una apropiación indebida de quien ya no tiene voz para defenderse, vida para luchar e impedir este latrocinio. Resistieron tal vez presiones de toda índole, mercantilísticas, políticas, sociales o religiosas para que, ahora, aquellos que en vida fueron sus enemigos, gracias a las monedas que otorgan a sus «herederos» se conviertan en tutores, guardianes del legado que dejaron al morir. Es, tal vez, ese temor el que induce a muchos escritores, cuando presienten la muerte o temen ser sorprendidos por ella, a desear destruir su creación literaria. Afortunadamente, esto no se produce, salvo en casos excepcionales. Porque apenas desaparecen de la escena, los cuerpos, que seguramente se avergonzaban y los negaban en público y en privado cuando vivían, corren a apropiarse de sus cenizas tan pronto comprenden que éstas se han vuelto rentables. No dudan gobiernos hipócritas y de carácter moral absolutamente reaccionario en rendirles homenaje, institucionalizarlos, buscan neutralizarlos en sus aspectos ideológicos más corrosivos, procuran silenciar su alcance subversivo, y los patrimonializan como si fueran bienes nacionales a los que basta rendir tributo de admiración sin que se precise conocer a plenitud sus coordenadas vitales y literarias. Eso cuando, con la ayuda o el silencio de sus «herederos», no los deforman, situándolos a su antojo en sus propias trincheras culturales y enfrentándose contra las de sus enemigos, los que al margen de las razones del mercado o de los partidos políticos continúan siendo sus auténticos herederos espirituales y realizando una obra que los mantenga realmente vivos. Contubernio que se apoya en el poder mediático y cultural que siempre detentan precisamente quienes en los momentos del compromiso más odian y combaten las culturas. Muchos son los nombres de escritores del siglo XX que han sufrido en España, en Francia, en Austria, en Estados Unidos, en otros países, este trágico destino. Y quizá los más significativos, quienes aportaron no sólo una ruptura con formas caducas y conservadoras de expresión literaria, sino que, además, colocaron su propia vida al servicio de esa expresión literaria comprometida, con la que estaban indisolublemente ligados. Si todos los escritores tuviéramos una conciencia crítica y fuésemos rabiosamente independientes de los poderes mediáticos, políticos y económicos, que nos tutelan, debiéramos denunciar e impedir que se consumaran estas traiciones. Y buscar leyes que devolvieran a la literatura lo que sólo a la literatura pertenece.

Andrés SOREL